

ROBERT JACKSON BENNETT

# ENTREMUROS

FOUNDRYSIDE

Traducción: David Tejera Expósito



# PARTE I

## EL EJIDO

*Todo tiene un valor. A veces, dicho valor se paga con dinero. Otras, se paga con tiempo y esfuerzo. Y, por último, a veces también se paga con sangre. La humanidad parece desesperada por emplear esta última moneda de cambio. Y nunca llegamos a saber cuánto de ella usamos a no ser que sea la nuestra la que derramamos.*

—Reflexiones del rey Ermiedes  
Eupator sobre la conquista.

# Capítulo Uno

Sancia Grado se encontraba tumbada en el barro, metida debajo de la plataforma de madera junto al muro de piedra antigua, y llegó a la conclusión de que la tarde no iba tal y como le hubiese gustado.

No había empezado nada mal. Usó las identificaciones falsificadas para llegar hasta la propiedad de los Michiel y la cosa había ido como la seda. Los guardias de las primeras puertas casi ni habían reparado en ella.

Después se había acercado al túnel de drenaje, y eso había ido... como una seda un poco más áspera. Daba por hecho que había funcionado: el túnel de drenaje le había permitido escabullirse por debajo de las puertas y muros interiores y acercarse a la fundición Michiel, pero sus informantes se habían olvidado de mencionarle que dicho túnel estaba lleno de ciempiés, víboras del barro y heces, tanto humanas como equinas.

A Sancia no le gustó nada, pero era capaz de soportarlo. No era la primera vez que se arrastraba por excrementos humanos.

El problema de arrastrarse por un río de aguas fecales era que, obviamente, una tendía a adquirir un olor muy intenso. Sancia había intentado avanzar en la dirección del viento a través de los puestos de seguridad mientras atravesaba el patio de la fundición. Pero, justo cuando llegó a la puerta septentrional, uno de los guardias más

alejados gritó un “Dios mío, ¿qué es ese olor?” y, para desgracia de Sancia, se puso a buscar el origen de la peste con diligencia.

Ella había conseguido evitar que la viese, pero también se vio obligada a internarse en un pasadizo sin salida de la fundición y a esconderse debajo de esa plataforma de madera desvencijada que daba la impresión de haber sido un puesto de guardia en el pasado. Pero no tardó en darse cuenta de que el problema del escondite era que no tenía manera de escapar. Lo único que había en aquel pasadizo amurallado de la fundición era esa plataforma, Sancia y el guardia.

Sancia contempló las botas llenas de barro del tipo mientras caminaba por la madera y se dedicaba a olisquear el ambiente. Esperó a que pasase junto a ella y, luego, sacó la cabeza.

Era un hombre corpulento, que llevaba un casco de metal reluciente y una armadura de cuero con el logotipo de la Corporación Michiel, la llama de vela enmarcada en una ventana, así como unas hombreras y unos brazales también de cuero. Por si fuese poco, también tenía un estoque envainado que le colgaba de un costado.

Sancia entrecerró los ojos al ver el arma blanca. Le dio la impresión de oír un susurro en su mente mientras él se alejaba, un cántico distante. Había dado por hecho que la hoja estaba inscrita, pero ese susurro tenue lo confirmaba. Sabía que una hoja inscrita sería capaz de cortarla por la mitad sin esfuerzo alguno.

“Ha sido una maniobra muy estúpida quedarme arrinconada — pensó mientras se alejaba—. Y casi ni he empezado la misión”.

Tenía que llegar a los caminos para carruajes, que era probable que se encontrasen a unos sesenta metros de distancia, detrás del muro más alejado. Y tenía que llegar cuanto antes.

Consideró sus opciones. Supuso que una de ellas era lanzar un dardo al guardia, ya que Sancia tenía una pequeña cerbatana de bambú y varios dardos caros y pequeños embadurnados con veneno de pez tormentoespina, una plaga letal que habitaba en las partes más profundas del océano. Si el veneno se diluía lo suficiente, podía usarse para hacer que la víctima se sumiese en un sueño muy profundo que dejaba una resaca terrible unas horas después.

Pero el guardia llevaba una armadura de lo más decente. Sancia

tendría que hacer un tiro perfecto; quizá apuntar a la axila. Fallar era demasiado arriesgado.

También cabía la posibilidad de intentar matarlo. Tenía un estilete, se le daba muy bien escabullirse y, aunque era pequeña, era fuerte para su tamaño.

Pero Sancia era mucho mejor ladrona que asesina, y se enfrentaba a un guardia entrenado de la casa de los mercaderes. No las tenía todas consigo. Además, no había entrado en la fundición de los Michiel para rebanar cuellos, romper narices o fracturar cráneos. Estaba allí para cumplir con su misión.

Una voz resonó por el pasadizo:

—¡Hola, Nicolo! ¿Qué haces fuera de tu puesto?

—Creo que algo se ha vuelto a morir en las cañerías. ¡Aquí abajo huele a muerto!

—Aah, espera —dijo la voz.

Se oyó el sonido de unos pasos.

“Maldición —pensó Sancia—. Ahora son dos”.

Necesitaba encontrar la manera de escapar, y rápido.

Volvió a mirar la piedra del muro que tenía detrás, sin dejar de pensar. Después suspiró, se arrastró hacia ella y titubeó.

No quería gastar sus energías tan pronto, pero no le quedaba elección.

Se quitó el guante izquierdo, apoyó la palma de la mano contra las piedras oscuras, cerró los ojos y usó su talento.

El muro le habló.

El muro le contó cosas sobre el humo de la fundición, sobre la lluvia caliente, sobre el moho que no dejaba de trepar, sobre el repiqueo de los miles de patas de las hormigas que habían atravesado su superficie manchada a lo largo de las décadas. La superficie del muro brotó en su mente, y Sancia sintió todas las grietas y hendiduras, todos los pedazos de argamasa y todas y cada una de las piedras sucias.

La información se entremezcló con los pensamientos de Sancia el mismo segundo en el que tocó el muro. Y encontró lo que esperaba entre esa repentina andanada de conocimientos.

Piedras sueltas. Cuatro, grandes, a unos pocos metros de donde se encontraba. Y, al otro lado, una especie de lugar oscuro y cerrado

de casi un metro y medio de alto y de ancho. Supo dónde se encontraba de inmediato, como si ella hubiese construido el muro.

“Hay un edificio al otro lado —pensó—. Uno antiguo. Bien”.

Sancia apartó la mano y comprobó, consternada, que había empezado a dolerle la enorme cicatriz que tenía en la parte derecha del cuero cabelludo.

Era una mala señal. Esa noche tendría que usar su talento muchas veces más.

Volvió a colocarse el guante y se arrastró en dirección a las piedras sueltas. Le dio la impresión de que en el pasado había una trampilla que luego había sido tapiada. Hizo una pausa para escuchar. Los dos guardias parecían haberse puesto a oisquear la brisa con intensidad.

—Te lo juro por Dios, Pietro —dijo uno—. ¡Era una mierda digna del demonio!

Empezaron a recorrer el pasadizo juntos.

Sancia agarró la piedra suelta que estaba más arriba y tiró de ella con cuidado, con mucho cuidado.

Cedió y empezó a deslizarse muy despacio. Echó la vista atrás en dirección a los guardias, que no habían dejado de discutir.

Sacó las piedras pesadas y las dejó sobre el barro, rápido, en silencio y una detrás de otra. Después echo un vistazo por el agujero mohoso.

Estaba oscuro en el interior, pero ahora entraba un poco de luz y fue capaz de ver muchos ojos pequeños que la miraban desde las sombras, y también pequeños zurullos sobre el suelo de piedra.

“Ratas —pensó—. Muchas ratas”.

No obstante, no le quedaba alternativa. No se lo pensó más y se arrastró a ese lugar pequeño y oscuro.

Las ratas se asustaron y empezaron a escalar por las paredes, en dirección a las grietas que había entre las piedras. Varias de ellas corrieron sobre Sancia, y unas pocas intentaron morderla, pero ella llevaba lo que le gustaba llamar “equipo de ladrona”. Era un atuendo sencillo, improvisado y con capucha hecho de una lana gruesa y gris y cuero viejo y negro que le cubría la mayor parte de la piel y era muy difícil de atravesar.

Cuando consiguió meter los hombros en el agujero, se quitó de encima las ratas o las apartó con la mano, pero una bien grande que daba la impresión de pesar un kilo se alzó sobre las patas traseras y chilló, amenazante.

Sancia le dio un golpe brutal con el puño a la rata gigantesca y le aplastó el cráneo contra el suelo de piedra. Después hizo una pausa para comprobar si los guardias la habían oído. Al asegurarse de que ese no era el caso, volvió a darle un golpe a la rata por si acaso. Después terminó de arrastrarse al interior y empezó a volver a cerrar el hueco con los ladrillos cuidadosamente.

“Listo —pensó al tiempo que se sacudía otra rata de encima y apartaba los zurullos de su alrededor—. No ha estado nada mal”.

Echo un vistazo alrededor. Estaba muy oscuro, pero sus ojos empezaban a acostumbrarse. Le daba la impresión de que el lugar había sido un fogón donde los trabajadores de la fundición cocinaban la comida, hace mucho tiempo. Lo habían tapiado, pero la chimenea estaba abierta encima de ella. Eso sí, parecía que alguien también había intentado tapar el hueco con unos tablones por el extremo superior.

Echó un buen vistazo. El interior de la chimenea era bastante estrecho, pero tampoco es que Sancia fuese muy ancha. Y se le daba muy bien colarse en lugares angostos.

Saltó con un gruñido y se calzó en el hueco para, luego, empezar a escalar por la chimenea, centímetro a centímetro. Oyó un repiqueteo debajo de ella cuando estaba a mitad de camino.

Se quedó de piedra y bajó la vista. Se oyó un ruido sordo y luego un chasquido, y la luz inundó el fogón que se encontraba debajo.

El casco de metal del guardia asomó por el hueco. El tipo examinó el nido de ratas abandonado y gritó.

—¡Qué asco! Parece que las ratas se han montado una casita. Seguro que el olor salía de aquí.

Sancia miraba desde arriba al guardia, y sabía que la vería al instante si le daba por alzar la vista. El tipo vio la rata enorme que ella había matado, y Sancia intentó no ponerse a sudar, para que no cayese gota alguna sobre el yelmo metálico.

—Criaturas asquerosas —murmuró el guardia. Después la cabeza desapareció.

Sancia esperó, sin moverse. Los oyó hablando bajo ella, y después las voces se alejaron poco a poco.

Soltó un suspiro.

“Y tanto riesgo solo por subirme en un maldito carruaje”.

Terminó de escalar y llegó a la parte alta de la chimenea. Los tablones cedieron con facilidad cuando los empujó. Después salió al tejado del edificio, se tumbó y echó un vistazo a su alrededor.

Se sorprendió al descubrir que había tenido razón sobre el camino para carruajes: estaba justo donde tenía que estar. Vio como uno avanzaba por el barro en dirección a un muelle de carga, un borrón de luz brillante y concurrido que destacaba en el patio oscuro de la fundición, cuyo edificio se alzaba por encima de dicho muelle de carga: una estructura de ladrillo enorme y sin ventanas con seis chimeneas anchas de las que brotaba una humareda que se perdía en el cielo nocturno.

Se arrastró hacia el borde del tejado, se quitó el guante y tocó el saliente de la pared de debajo con la mano desnuda. La pared brotó en su mente, todas las piedras retorcidas y el moho... y también todos los asideros que la ayudarían a bajar por ella.

Se descolgó del tejado y empezó a descender. Notaba latidos en la cabeza, le dolían las manos y estaba cubierta de todo tipo de cosas asquerosas.

“Todavía no he terminado la primera parte del plan y ya han estado a punto de matarme”.

—Veinte mil —susurró para sí mientras bajaba—. Veinte mil duvots.

Un rescate digno de un rey. Sancia estaba dispuesta a comer mucha mierda y derramar una cantidad considerable de sangre por veinte mil duvots. Más mierda de la que ya había comido y más sangre de la que ya había derramado, al menos.

Tocó tierra con los talones de las botas y empezó a correr.

El camino de los carruajes no estaba bien iluminado, pero el muelle de carga de la fundición estaba cerca, y allí relucían braseros y faroles inscritos. El lugar parecía estar muy ajetreado a pesar de la hora, y los trabajadores iban de un lado a otro descargando los carruajes aparcados por el lugar. Un puñado de guardias los vigilaba, aburridos.



Sancia se pegó a la pared y se acercó poco a poco. Después se oyó un estruendo, se quedó inmóvil y giró la cabeza mientras apretaba aún más el cuerpo contra la pared.

Otro de esos carruajes enormes llegó armando un escándalo por el camino, y salpicó de ese barro gris a Sancia al pasar junto a ella. Se limpió el barro de los ojos y lo vio alejarse. El carruaje parecía avanzar por sí solo: no iba tirado por caballos ni burros ni animal de ningún tipo.

Sancia volvió a mirar en dirección al camino, impávida.

“Sería una pena que me atropellase un carruaje inscrito como a un perro callejero, sobre todo después de haberme arrastrado por un río de aguas fecales con un puñado de ratas”.

Continuó avanzando y vio los carruajes más de cerca a medida que se acercaba. Algunos de ellos iban tirados por caballos, pero ese no era el caso de la mayoría. Venían de todos los rincones de la ciudad de Tevanne: de los canales, de otras fundiciones o de la costa. Y esa última era la ubicación que más le interesaba a Sancia.

Se arrastró por debajo del borde del muelle de carga y avanzó en dirección a los carruajes. Mientras se acercaba, los oyó susurrar en su mente.

Murmullos. Verborrea. Voces susurrantes. No venían de los tirados por caballos, que estaban en silencio, sino de los inscritos.

Después miró las ruedas del que se encontraba más cerca de ella y lo vio.

El interior de las enormes ruedas de madera estaba cubierto de inscripciones, una caligrafía lánguida y demasiado estrecha que daba la impresión de ser de un metal argénteo y reluciente. Era lo que la élite de Tevanne llamaba ‘sigilum’ o ‘sigilo’. Pero el pueblo en general lo denominaba inscripciones.

Sancia no había estudiado inscripción, pero todos los habitantes de Tevanne sabían cómo funcionaban los carruajes inscritos: los comandos escritos en las ruedas los convencían de que estaban en una pendiente, por lo que las ruedas, que se lo creían sin pestañear, se sentían obligadas a rodar cuesta abajo, aunque no estuviesen en una cuesta y el carruaje rodase por un camino llano (aunque perfectamente embarrado). El conductor se sentaba en el compartimento del carruaje y se

dedicaba a ajustar los controles, con los que era capaz de indicarle a las ruedas cosas como: “una colina más inclinada aún, tenéis que acelerar” o “un momento, la colina empieza a allanarse, por lo que será mejor parar”. Y las ruedas, del todo embaucadas por las inscripciones, obedecían sin problema. Era una manera de obviar la necesidad de caballos, mulas, cabras o cualquier otra de esas criaturas anodinas a las que había que persuadir para transportar a la gente de un lado a otro.

Así es como funcionaban las inscripciones: eran instrucciones escritas en objetos inanimados que los convencían para que desobedeciesen la realidad a voluntad. Eso sí, había que pensarlas con detenimiento y trabajarlas con mucho cuidado. Sancia había oído historias que decían que los primeros carruajes inscritos no tenían las ruedas bien calibradas y, en una ocasión, las delanteras pensaron que iban colina abajo y las traseras que iban colina arriba, por lo que partieron el carruaje por la mitad y salieron despedidas por las calles de Tevanne a velocidades sobrenaturales, lo que provocó caos, destrucción y muertes.

En definitiva, que, a pesar de estar muy avanzadas, darse un paseo en un carruaje de ruedas inscritas no era precisamente la mejor manera de pasar la tarde.

Sancia se arrastró en dirección a una de las ruedas y sintió un escalofrío cuando las inscripciones le susurraron al oído, más alto ahora que estaba más cerca. Aquella era quizá una de las facetas más extrañas de su talento. Nunca había conocido a nadie que fuese capaz de oír las inscripciones, pero era una molestia soportable. Ignoró el ruido y sacó los dedos índice y corazón del guante para, luego, agitar las puntas en el aire húmedo. Después tocó la rueda del carruaje y le preguntó todo lo que sabía.

Y, al igual que la pared del pasadizo, la rueda respondió.

Le contó cosas sobre ceniza, sobre piedra, sobre llamas candentes, chispas y acero.

“Ni de broma”, pensó Sancia. Lo más seguro era que el carruaje hubiese salido de una fundición, y esa noche no estaba nada interesada en las fundiciones.

Rodeó el vehículo hasta la parte trasera y confirmó que los guardias no la habían visto. Después cruzó hasta el siguiente de la fila.

Tocó la rueda del otro con la punta de los dedos y le preguntó lo que sabía.

La rueda le contó cosas sobre un suelo blando y margoso, sobre el olor ácido de los excrementos, sobre el aroma del césped aplastado y de la vegetación.

Puede que una granja.

“No. Este tampoco”.

Se acercó al siguiente vehículo, que era uno de los normales tirados por caballos. Tocó una rueda y le preguntó lo que sabía.

La rueda le contó cosas sobre ceniza, fuego y calor, sobre chispas sibilantes y metal fundido.

“Seguro que este también ha salido de una fundición —pensó—. Como el primero. Espero que el informante de Sark estuviese en lo cierto. Si todos los carruajes han salido de granjas o fundiciones, el plan se irá al traste antes de empezar”.

Se deslizó hasta el siguiente, mientras el caballo le bufaba con desaprobación al pasar junto a él. Era el penúltimo carro de la fila, por lo que empezaba a quedarse sin opciones.

Extendió la mano, tocó una rueda y le preguntó lo que sabía.

Esa le contó cosas sobre gravilla, sal y algas, sobre el olor del rocío del mar, sobre travesaños de madera empapados a causa de las olas...

Sancia asintió, aliviada.

“Es este”.

Metió la mano en una de las bolsas de su atuendo y sacó un objeto de apariencia extraña: una pequeña placa de bronce inscrita con muchos sigilos. Sacó un frasco de brea, embadurnó con ella la parte trasera de la placa y, luego, extendió la mano en dirección al carruaje y pegó la pequeña placa de bronce por debajo.

Hizo una pausa para recordar lo que le habían contado al respecto sus contactos en el mercado negro.

“Pega la placa guía en aquello que quieras seguir y asegúrate de que está bien pegada para que no se caiga”.

“¿Y qué ocurriría si se cae en la calle o algo así?”, había preguntado Sancia.

“Bueno, que morirías. De una manera muy desagradable, espero”.

Sancia apretó con más fuerza la placa.

“Ni se te ocurra hacer que me maten, bequera —había dicho mientras la fulminaba con la mirada—. La misión ya tiene oportunidades suficientes de hacerlo de por sí”.

Después salió de debajo, se deslizó entre el resto de carruajes y volvió al camino y al patio de la fundición.

En esta ocasión tuvo más cuidado y se aseguró de estar bien lejos de los guardias. Llegó hasta el túnel de drenaje muy rápido y después tuvo que volver a caminar por esas aguas fétidas y dirigirse a la costa.

Lugar que, obviamente, también era al que se dirigía el carruaje que había manipulado, ya que sus ruedas le habían hablado sobre el rocío del mar, sobre gravilla y sobre brisa salada, cosas que un carruaje solo sería capaz de encontrar en la costa. Tenía la esperanza de que el vehículo la ayudase a colarse en ese lugar tan vigilado.

Porque en algún lugar de la zona había una caja fuerte. Y alguien con una riqueza incomprensible había contratado a Sancia para robar un objeto específico que había dentro a cambio de una cantidad inconcebible de dinero.

A Sancia le gustaba robar. Se le daba bien. Pero, si las cosas salían a pedir de boca esa noche, es probable que no le hiciese falta hacerlo nunca más.

—Veinte mil —canturreó en voz baja—. Veinte mil. Veinte mil divots maravillosos y estupendos...

Después se dejó caer hacia las alcantarillas.